

Estados Unidos y los orígenes del terrorismo de Estado

A mediados de agosto de 1970, un policía de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia, Miguel Ángel Benítez Segovia, que también era militante del MLN-Tupamaros, viajó a Estados Unidos becado por la AID para recibir un curso secreto impartido por la CIA. Había sido seleccionado y promovido por Dan Mitrione semanas antes de su muerte. En una base militar ubicada en Texas fue adiestrado junto a otros 29 policías del Tercer Mundo en el manejo de explosivos, la fabricación de bombas y su utilización en atentados terroristas. Al regresar a Uruguay debía aplicar los nuevos conocimientos en la lucha contrainsurgente.



Placa de homenaje a Dan Mitrione colocada en la Jefatura de Policía de Montevideo

CLARA ALDRIGHI

POR OCHO SEMANAS, entre el 21 de agosto y el 17 de octubre, Benítez asistió al Terrorist Activities Investigation Course (TIC). La parte teórica de la instrucción se realizaba en la Academia Internacional de Policía (IPA) de Washington y la práctica de campo en Texas. Recuerda el inspector Alejandro Otero: "Conocí a Benítez Segovia. Tenía un seudónimo muy particular, le decíamos la 'Mecha Benítez'. Lo llevé a mi Departamento de Inteligencia, ingresó como agente. Era un

chico muy introvertido. Tenía toda una serie de recaudos de instrucción muy interesantes. Después fue a hacer su curso de cadete y terminó como oficial. Hizo un curso en la policía argentina. Cuando regresó ingresó al departamento, pero a partir de allí no lo vi más. Fue un asistente permanente del comisario (Juan María) Lucas. Creo que Benítez fue la causa del atentado que le hizo el MLN. Entregó a Lucas, que lo quería". En 1970 Benítez era subcomisario de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia (DNI). Oriundo de Durazno, había ingresa-

do a la Policía en 1962, a los 18 años.

Como policía de Inteligencia, se ocupaba de la vigilancia de la CNT, de sus actividades y dirigentes. Describió sintéticamente su trabajo en el formulario de inscripción al curso de Estados Unidos, conservado en los archivos del Departamento de Estado: "La sección sindical (de la DNI) monitorea las actividades de los sindicatos a través del mantenimiento de registros de huelgas, violaciones sindicales, etcétera, manteniendo actualizadas las listas de militantes sindicales, especialmente de

aquellos que se saben conectados al Partido Comunista. Actualmente participo en el entrenamiento del nuevo personal asignado, realizo interrogatorios a sospechosos, manejo informantes, investigo materias relativas a las actividades comunistas y terroristas y participo en especiales actividades antiterroristas internacionales". La embajada de Estados Unidos informaba en 1972 a Washington que Benítez era asistente del comisario Lucas y guardián nocturno de la vivienda de los marines en Montevideo.

En 1971 la dirección del MLN le pidió que redactara anóni-

mamente un informe sobre las actividades de Mitrione en Uruguay y el curso recibido en Estados Unidos, para ser entregado al director de cine Constantin Costa-Gavras, que se aprestaba a rodar un filme sobre el caso Mitrione. El documento sirvió de base, junto a otros materiales y testimonios, para el guión de la película **Estado de sitio**, estrenada en 1973. Dos años más tarde, el "Informe Benítez" se volvió particularmente comprometedor para la AID. Contribuyó a la apertura de una inves-



tigación del Congreso cuyos resultados determinaron la clausura definitiva del Programa de Seguridad Pública (PSP) de la AID, al que había pertenecido Mitrión.

Benítez no pudo enterarse de la conmoción suscitada por su informe ni de las escenas que lo representaban en **Estado de sitio**. Se hallaba preso en el penal de Libertad. Su militancia en el MLN quedó al descubierto en abril de 1972. El dirigente que le había solicitado el informe conservó una copia, encontrada por la Policía al allanar una casa del MLN. Benítez relató posteriormente a Vladimiro Delgado, otro tupamaro de Durazno con quien compartió la prisión, que un jerarca policial dedujo fácilmente su identidad: "Solo dos personas pueden haber redactado esto. Vos o yo. Yo no fui. Te conviene confesar". Durante el período en que lo torturaban fue llevado en automóvil por varios policías de civil a una calle apartada. "Bajate, estás libre", le dijeron. Querían matarlo pretextando una fuga. Benítez se sujetó de la portezuela y gritó pidiendo auxilio. La aparición de algunos vecinos fue providencial.

En su libro **Hidden Terrors** (Nueva York, 1978) el periodista del **New York Times** A J Langguth, basándose en las entrevistas a policías y militares que realizó en 1976 en Montevideo, confirma que la DNII halló, efectivamente, una copia del informe en un local del MLN. Sabiendo que esta pista tarde o temprano lo incriminaría, Benítez resolvió salvar su vida presentándose voluntariamente ante un juez. Preso en Jefatura, sus compañeros de Información e Inteligencia lo golpearon hasta dejarlo agonizante.

"He oído que Benítez fue identificado por Víctor Castiglioni por un documento que había escrito", observa por su parte Otero. "También he oído lo que significó Benítez como punto de apoyo del inspector Castiglioni. Con Castiglioni siempre tuvimos discrepancias totales y absolutas."

En la Policía comenzaron a recordar y atar cabos: pese a sus insultos y amenazas contra el MLN, Benítez nunca había herido a un tupamaro. "En un reciente operativo —escribe Langguth— tampoco había podido disparar, porque su arma, según dijo, se había atascado." El 31 de mayo de 1970 Benítez había participado en un "rastrillo" en la zona de Manga en el que actuaron policías de Inteligencia y de la Guardia Metropolitana. El procedimiento culminó con la captura de José López Mercao, un estudiante universitario de 20 años, y de Juan Bentín, cañero de UTAA de 32 años. María Esther Gilio describió en **Marcha** la brutalidad desplegada



Fotograma de la película "Estado de Sitio", de Costa Gavras. Yves Montand interpretó a Mitrión

por la Policía. López Mercao fue herido de cuatro balazos cuando intentaba escapar. El quinto le fue disparado en la cara cuando estaba inmobilizado. A Juan Bentín, tendido en el suelo con cuatro heridas de bala, le provocaron múltiples fracturas golpeándolo con la culata de los fusiles, hasta que un policía de la Metropolitana le hundió la cantonera del fusil en un ojo dejándolo ciego. Comandaba el procedimiento el comisario Lucas. Recuerda López Mercao: "Benítez era subcomisario y estaba presente en el tiroteo de Manga. Se tiroteó conmigo. Después del tiro que me dio Carlos dos Santos, se acercó y dijo 'Este hombre ya está muerto'. Me salvó la vida. Cuando nos encontramos en Libertad me recordó el episodio: '¿Te acordás que alguien se acercó y dijo: Este hombre ya está muerto? Era yo'. Fuimos muy amigos durante el tiempo que compartimos el primer piso de Libertad".

En su informe, Benítez describe la actividad de los estadounidenses que formaron el primer equipo del PSP, instalado en Uruguay en enero de 1965. Conoció a los consejeros policiales William Cantrell y César Bernal y al jefe de la misión, Adolph Sáenz. El policía tupamaro observaba los privilegios otorgados a estos extranjeros: muy pocos policías uruguayos podían entrar libremente a la Oficina de Asistencia Técnica del PSP instalada en San José y Yi, pero los

estadounidenses tenían libre acceso a todas las dependencias policiales. Incluso a Inteligencia y Enlace, que antes de la creación de la DNII centralizaba el trabajo de inteligencia. Además, recibían diariamente los informes de toda la actividad policial.

Poco después de la llegada de Bernal, Benítez advirtió que en el Instituto de Enseñanza Profesional de la calle San Martín comenzaron a impartirse "extraños cursos". En un nuevo campo de tiro construido al efecto, se entrenaba a policías y cadetes militares en "tiro defensivo" contra siluetas: debían descargar las seis balas dentro del círculo, como para matar al enemigo. También practicaban con escopeta de perdigones, el arma que causaría tantos muertos y heridos durante la represión de 1968. Hasta entonces, se les había enseñado que antes de disparar el policía debía esperar a que el criminal lo hiciera primero, o disparar al aire, porque su función no era represiva sino preventiva. Pero los nuevos cursos de "tácticas defensivas" dirigidos por los estadounidenses enseñaban directamente a matar. Sáenz, Bernal y Cantrell tenían como objetivo en 1966 crear poderosos cuerpos de Policía que combatieran la prevista insurgencia de masas. Se proponían consolidar una milicia metropolitana de alrededor de mil hombres, con una estructura similar a los Texas Rangers, entrenada para disolver manifestaciones, atacar y dispersar cualquier tipo de concentración. Para ello fortalecían

la Guardia Metropolitana. Al mismo tiempo, se proponían formar un centro de inteligencia cuyos funcionarios recibirían instrucción especial en espionaje, obtención de información y operaciones "especiales": asesinatos y acciones de sabotaje.

"Al constituirse la DNII entre 1967 y 1968 —proseguía el "Informe Benítez"—, Cantrell instruyó cursos en inteligencia y contrainteligencia, obtención de información y operaciones especiales. El consejero policial suministraba recursos económicos para el pago de informantes, en especial del Partido Comunista, cuyos dirigentes eran atentamente estudiados y vigilados. Cantrell se distinguía entre sus camaradas por el conocimiento preciso de los problemas de Uruguay. Siempre lo acompañaba un funcionario policial, Nelson Bardesio, que también trabajaba como su chofer." Afirma Benítez que Bardesio era un "agente confidencial" de la embajada de Estados Unidos.

Antes de la llegada de Mitrión los consejeros de Seguridad Pública se rodearon de un grupo de fieles colaboradores: José Pedro Macchi, Juan María Lucas, Juan Carlos Lemos Silveira, Raúl La Paz, Antonio Pérez Castagnet, Pablo Fontana, Guillermo Arévalo y Nelson Bardesio. Casi todos fueron enviados a la IPA y otras escuelas de Washington. Las becas que otorgaban los consejeros a superiores y subalternos para recibir cursos en Estados Unidos eran un premio muy ambicionado: representaban la posibilidad de

capacitarse y al mismo tiempo de pasar unas "lindas vacaciones"; transformándose, al regreso, en "agentes confidenciales de la camarilla del FBI".

Hasta 1969 los instructores estadounidenses concentraron sus esfuerzos en las actividades de inteligencia y vigilancia de los sindicatos y sus dirigentes. Se había creado una escuela para "líderes de sindicatos rompehuelgas". En la Policía orientaban cursos de estudio de los factores económicos que podían provocar huelgas masivas, a fin de prevenirlas y enfrentarlas adecuadamente. También diseñaron cursos de "guerra psicológica" para oficiales de la DNII y de las unidades militarizadas. "Detrás de la cobertura de la Oficina de Asistencia Técnica —observaba Benítez— se podía sentir la implacable garra de la CIA y el FBI."

Con la llegada de Mitrión en julio de 1969 los cambios en la Policía se hicieron rápidamente visibles. El nuevo jefe de la División de Seguridad Pública conocía al comisario Lucas porque había sido su profesor en la IPA. En Uruguay se volvieron grandes amigos. Ambos imprimieron un giro sustancial a los interrogatorios de presos políticos. "Ahora —dijo Lucas al enterarse de la designación de Mitrión— para reemplazar a Sáenz —tendremos a alguien que nos apoyará en nuestras actividades."

Como resultado del trabajo de Mitrión, los interrogatorios a los detenidos comenzaron a realizarse en forma "más tecnificada". Se modernizaron los procedimientos de inteligencia, se destinó más equipamiento a las actividades de espionaje y cobró nuevo impulso la lucha contra el "comunismo internacional". Un número mayor de policías fue becado a Estados Unidos para recibir cursos especiales y se intensificó la tortura a los prisioneros políticos, aplicada desde entonces en forma generalizada, desde las inyecciones de pentotal hasta el ultraje moral y físico. "Cantrell utilizaba el espionaje, sobornaba, y se aseguraba —al menos como fachada— de que no se empleara la tortura. Mitrión era el tipo de hombre que adopta de inmediato la línea dura."

También echó a andar una nueva estrategia para contrarrestar la agitación estudiantil en Secundaria. Como primer paso, la DNII debía obtener informaciones detalladas sobre los dirigentes estudiantiles, creando una red de espías en los liceos, preparatorios y UTU. Aportarían información calificada que permitiría planificar acciones incisivas. El comisario Lucas fue encargado de crear y gestionar la red. Se organizaron reuniones con personas de ultraderecha y comenzaron a distribuirse en

la ciudad panfletos "fascistas", se apalearon jóvenes de izquierda y se lanzaron campañas periodísticas en las que se denigraba la lucha estudiantil. Observa Benítez que de estas iniciativas y reuniones nació, después de la muerte de Mitrione, la organización juvenil de extrema derecha Juventud Uruguaya de Pie (JUP).

Mitrione hizo colocar cámaras fotográficas ocultas en el aeropuerto de Carrasco y el puerto de Montevideo para fotografiar los pasaportes de los viajeros a países socialistas. Introdujo un nuevo tipo de cámara cuya película no debía ser sustituida con frecuencia. Dedicó una atención especial a la Guardia Metropolitana. Impulsó el reclutamiento de personal para aumentar sus efectivos, hizo llegar nuevas partidas de gases lacrimógenos y armas de mayor calibre, más apropiadas para entablar combate con brigadas militares que para disolver grupos de manifestantes. La Oficina de Seguridad Pública (OPS), que dirigía en Washington el PSP, envió a su pedido pistolas y revólveres 9 milímetros, metralletas calibre 45 y ametralladoras calibre 30.

Ordenó incautar las publicaciones que llegaban por correo de los países socialistas. Era inadmisibles, decía, que se utilizaran los servicios del Estado para introducir "toneladas de material subversivo". Con la complicidad del jefe de la oficina central de Correos, las bolsas con material sospechoso eran enviadas semanalmente a la DNII. El oficial de Inteligencia Raúl La Paz supervisaba la requisita. Sus subordinados revisaban cuidadosamente el contenido de la correspondencia y evaluaban la importancia del material impreso. Registraban a los destinatarios e investigaban si ya poseían un expediente en el fichero de Inteligencia. De lo contrario les iniciaban un nuevo, que conservaba el Departamento 3 de la DNII. Era habitual observar en la vereda de 18 de Julio y Paullier a numerosos camiones en fila descargando bolsas de correo.

Con Mitrione los cursos de entrenamiento policial realizados en el Interior cobraron nuevo impulso. Antes de su llegada, señalaba Benítez, versaban sobre actividades policiales tradicionales: inteligencia, contra-inteligencia, lucha contra el "comunismo internacional", el "problema creado por los sindicatos" y el entrenamiento "defensivo". Mitrione eligió instructores más calificados, entre ellos al oficial Juan Carlos Lemos, y creó nuevas asignaturas, como reclutamiento y manejo de informantes y tipos de interrogatorio "a diferentes niveles". También puso en marcha una selección para enviar a Estados Unidos a los policías que recibirían los cursos TIC. Su propósito era elegir personas del Interior del país.



Personal docente de la Academia Internacional de Policía, Washington, circa 1967. Mitrione es el último de la segunda fila, Adolphe Bonnefil el cuarto de la tercera y Lee Echols el, sexto de la tercer fila.

Disponía de abundantes recursos financieros y los distribuía generosamente. Durante su gestión, "los fascistas, traidores y vagos tenían los bolsillos llenos. Lucas, su lugarteniente, también sacó, ocultamente, ventajas de la situación. Cantrell no era así, era lo opuesto. Entregar dinero a informantes era un asunto delicado y se debía estar muy en contacto con la situación".

Mitrione no se cansaba de repetir en los ambientes policiales que una fuerza policial poderosa era un escudo del país contra el comunismo. La Policía constituía su primera línea de defensa. Si en el futuro, pese a todo, el "poder comunista" lograba debilitar esa primera línea, sería necesario poner en acción la segunda: las fuerzas combinadas de Policía y Ejército. Si se comprobaba que también este recurso resultaba insuficiente, las Fuerzas Armadas debían poner manos a la obra. En la Jefatura de Policía se comentaba que Cantrell era un técnico y Mitrione un hombre de acción.

El instructor estadounidense atendía en el primer piso de San José y Yi, al lado de la Oficina de Guardia de la Dirección de Investigaciones. Pero Mitrione no iba frecuentemente a Jefatura. Lo hacía para supervisar algún trabajo especial o los problemas relacionados con los oficiales becados a Estados Unidos. Despachaba sus asuntos y recibía a los policías uruguayos en la embajada. Su oficina estaba situada en uno de los pisos altos. Sentado frente a su escritorio, daba la espalda a grandes ventanales visibles desde la calle. Un policía uruguayo le hizo notar lo peligroso de su posición. "No te preocupes, estas ventanas pueden parar una bala calibre 45", le respondió Mitrione, en su español coloreado por el acento portugués.

El "Informe Benítez" revela la responsabilidad de Mitrione en el incremento de las torturas policiales. "Nunca nadie lo ha visto torturar a un prisionero por sí mismo. Pero ha dirigido ciertos interrogatorios. Aconsejaba averiguar todo sobre el prisionero antes de interrogarlo, sus posibles debilidades y vicios, para facilitar el trabajo de 'quebrarlo'".

Las policías de Inteligencia narraban en Jefatura un episodio que lo caracterizaba. Cierta día vio llegar a un dirigente del sindicato bancario, arrestado en el transcurso de una huelga. Observó en silencio la actitud arrogante que mantenía frente a "la gente común del departamento". Entonces sugirió el método que debían aplicar sus carceleros para hacerle perder la calma y doblegarlo. Debían desnudarlo y forzarlo a mantenerse de pie contra una pared. De a ratos, un policía joven se le pondría detrás para burlarse y humillarlo. Luego se lo mantendría encerrado en una celda sin comer ni beber. A los tres días se le pasaría debajo de la puerta un recipiente con algo de agua mezclada con orina.

"Hasta la llegada de Mitrione, observa Benítez, la Policía torturaba a los prisioneros con agujas eléctricas muy rudimentarias que se traían de Argentina." Mitrione hizo llegar por valija diplomática otras agujas eléctricas "muy modernas", con alambres de diferentes grosores. Algunas eran tan finas que podían ser insertadas entre los dientes. El hombre de confianza de la embajada de Estados Unidos, Nelson Bardesio, las recogió en el aeropuerto de Carrasco.

Langguth pudo determinar el origen de los instrumentos aportados por Mitrione para las picanas eléctricas. Provenían de la Technical Service Division (TSD) de la CIA. La TSD tenía dos oficinas de apoyo en América Latina. Una de ellas, en Panamá, proporcionaba gases lacrimógenos, armas y equipos antidisturbios a poli-

cías y militares latinoamericanos. Los destinados a Montevideo eran transportados habitualmente en aviones militares, que traían alimentos típicos de su país para los funcionarios de la embajada. Observa Langguth que durante el gobierno de Pacheco la Guardia Metropolitana hacía un uso dispendioso de gases lacrimógenos suministrados por Estados Unidos. "Sus jefes importaban constantemente a sus contactos estadounidenses para obtener más suministros de Panamá." La segunda oficina de apoyo de la TSD se hallaba en Buenos Aires. Envío a Uruguay las agujas y generadores eléctricos empleados por la Policía en la tortura. "También provinieron de la oficina bonaerense de la TSD -señala Langguth- las partidas de explosivos utilizados en Uruguay por el escuadrón de la muerte, como la gelinita traída por Bardesio de Buenos Aires." Aunque en sus declaraciones al MLN, en la Cárcel del Pueblo, Bardesio dijo haberla obtenido de un jerarca de la Secretaría de Información del Estado (SIDE) -el capitán Nieto Moreno- a pedido del subsecretario de Interior uruguayo Carlos Pirán. Por cierto, la SIDE y la CIA mantenían en Argentina una íntima relación, análoga a la simbiosis de la CIA y la DNII en Uruguay. William Cantrell, por lo pronto, era un destacado funcionario de la Agencia Central de Inteligencia.

Mitrione envió en distintos momentos a ocho policías uruguayos para especializarse en el TIC. Otros ocho fueron becados por sus sucesores en el PSP. Antes de ser aceptado formalmente, el candidato elegido por Mitrione debía someterse a varias entrevistas y a un examen médico en el Sanatorio Americano. Si lo consideraban apto debía firmar un documento en el que se comprometía a mantener en secreto los detalles del curso y a

colaborar, a través de la aplicación de los conocimientos adquiridos, con las autoridades de su país o las "agencias técnicas" estadounidenses (FBI o CIA), toda vez que lo requirieran. Las entrevistas previas trataban de convencerlo de la necesidad de firmar este documento, en el que se le exigía "lealtad, silencio y disponibilidad para la acción directa".

Los estudiantes becados eran recibidos a su llegada en el International Center, de Washington. Desde allí los trasladaban a la IPA, donde les daban la bienvenida el director John Lindquist y su asistente Adolphe Bonnefil. En las primeras clases aprendían nociones básicas de historia, geografía y condiciones sociales de cada país representado. El tema de Cuba era abordado en una charla introductoria. Se les informó que el Pentágono organizaba el curso pero la financiación provenía de la AID. Las clases y conferencias se dictaban con traducción simultánea. Los alumnos intervenían ilustrando la situación de sus propios países, refiriéndose en especial a los problemas generados por los conflictos sociales. Los instructores los exhortaban a hablar con franqueza y a profundizar en los "problemas encontrados en la lucha entre la Policía y el comunismo". Todas las intervenciones eran grabadas y las clases presenciadas por un observador, que decía ser de la IPA o del Departamento de Estado. Entre los instructores se destacaban un exiliado cubano y un veterano de Vietnam, encargado de los cursos de seguridad, inteligencia, información y reclutamiento.

Durante cuatro semanas Benítez y sus 29 compañeros recibieron instrucción en protección de dignatarios y seguridad interna, visitaron el laboratorio del FBI, practicaron tiro con rifles, escopetas de perdigones y ametralladoras, aprendieron el uso de equipos fotográficos, micrófonos, cámaras filmadoras y otros recursos de inteligencia. La parte teórica comprendía clases y conferencias sobre la agresión y subversión comunistas y su amenaza concreta en América Latina.

Al concluir la cuarta semana fueron trasladados a un campo militar ubicado en Los Fresnos, Texas. Cerca de la frontera con México, en un antiguo aeropuerto que había sido transformado en escuela de la Policía de Frontera, recibieron la parte más inquietante del curso: el adiestramiento en operaciones ilegales. Durante la permanencia en Los Fresnos pudieron salir muy pocas veces de la unidad militar. Fueron divididos en grupos de cinco; cada uno tenía a su disposición un instructor boina verde, un intérprete de la IPA, una carpa para recibir clases teóricas y



LA LUPA

una mesa exterior para preparar cargas explosivas.

En las siguientes cuatro semanas aprendieron todo lo relacionado con el manejo de explosivos, desde los más primitivos hasta los de última generación. Los procedimientos para fabricarlos con cualquier elemento rudimentario a disposición, las propiedades de las cargas, los sistemas para volar personas, las bombas capaces de destruir edificios, depósitos, vehículos y vagones ferroviarios. También aprendieron a mimetizar y desactivar los diferentes artefactos. Cuando habían adquirido la capacidad de distinguir entre la dinamita comercial y la militar, se los adiestró en su manejo. Para habituarlos a vencer el miedo realizaban un ejercicio especial: accionaban el detonador y caminaban hacia el campo de entrenamiento con la dinamita bajo la camisa abotonada. Este ejercicio daba lugar a una especie de competencia entre los estudiantes — el ganador era el más temerario— con premios como el permiso para tomar cerveza o visitar pueblos cercanos. La práctica continuó con los explosivos plásticos C3 y C4.

También se los adiestró en el uso de cuchillos y en otras técnicas para matar a un enemigo en forma silenciosa y retirarse sin ser descubiertos. Posteriormente se les enseñó a fabricar un tipo de bomba muy eficaz denominada *boboby-trap*, que se conectaba con alambres a la lamparilla eléctrica de un refrigerador y que explotaba al abrirse la puerta. Se efectuaron ensayos con el estudiante colocado a una distancia mínima, para que se acostumbrara a la explosión. Seguía una explicación de los errores más comunes que podían cometerse y la proyección de películas de guerra en las que se mostraban los usos de estas bombas, empleadas por los agentes de servicios especiales. “Uno realmente aprendía cómo volverse un terrorista, ya que ellos nos enseñaban todos estos métodos”, observaba Benítez.

Aprendieron el manejo de las catapultas de explosivos y los distintos “métodos de guerrilla”, es decir las formas de colocación y uso de explosivos contra un objetivo determinado cuando no se poseía cordel detonador. Se les enseñó a volar acero, barrotos de hierro y motores, practicando directamente en el campo de entrenamiento. También volaron máquinas de volumen y material similar a las utilizadas en las plantas hidroeléctricas, empleando explosivos plásticos y un sistema llamado “cono de aire”. Debían cumplir el operativo con gran rapidez y cavar pozos o zanjas con pico y pala para protegerse de la explosión. Y lo más importante, practicaban la manera de salir del

lugar sin dejar rastros. Luego realizaban sesiones de evaluación y de autocritica, porque el tiempo que se les concedía era tan escaso que en general no llegaban a completar correctamente el ejercicio.

La siguiente etapa del curso consistía en los llamados “ejercicios cronométricos”. Todo el proceso se repitió en el adiestramiento para la fabricación de bombas caseras, que funcionaban conectadas a un reloj. Estudiaron diferentes tipos, sus utilidades y formas de encendido. Como prueba final el estudiante debía construir en un día una bomba original. Para ello se le proporcionaba el material indispensable. En el campo de entrenamiento presentaba su sistema y lo hacía funcionar frente a todos. Se lo consideraba “muerto” si la bomba explotaba antes o después del tiempo reglamentario o si directamente no funcionaba. En esos casos debía retirarse del campo seguido por las burlas de sus camaradas.

Aprendieron a utilizar granadas contra objetivos inflamables, y en especial las minas antipersonales Claymore, utilizadas por el ejército de Estados Unidos en Vietnam. Se les instruyó en la fabricación de Claymore caseras, empleando explosivo plástico, trozos de acero en forma de banana y clavos de tres puntas de varias pulgadas de longitud. Este tipo de mina podía herir a una docena de hombres a 500 yardas de distancia sin ningún peligro para quien la colocaba, si se calculaba exactamente el tiempo de ignición del detonador de encendido eléctrico. Por último se les adiestró en las complejas técnicas necesarias para volar con explosivo plástico un gran depósito de gas. Un ensayo general se realizó al final del curso, con múltiples objetivos diseminados en el campo. Se les dijo que debían actuar como terroristas, con pocos medios y utilizando para sus ataques recursos obtenidos sobre el terreno.

En el examen final —presenciado por el director de la

IPA Lindquist, el responsable general del curso, coronel Gainer, y los instructores boinas verdes— los latinoamericanos formaron un equipo especial. Los ejercicios consistieron en la preparación de tres atentados: contra un convoy de camiones que supuestamente transportaba armas y equipos, contra un depósito de material combustible y por último contra postes de teléfono. Los dos últimos objetivos estaban protegidos por centinelas y circundados por alambre de púa y falsas minas antipersonales llenas de gas lacrimógeno. Debían preparar el método más ingenioso para volar los objetivos; en el tercer caso debían interrumpir las comunicaciones enemigas, mirando a la vez el terreno para impedir que se restableciera rápidamente un nuevo sistema de comunicación.

Uno de los policías becados preguntó en la reunión final la razón por la cual se les había enseñado a colocar bombas y otras tácticas de combate irregular. Le respondió un instructor: “*Estados Unidos piensa que llegará el momento en que cada uno de nuestros países amigos deberá emplear a personas de confianza, que hayan llegado a ser especialistas en explosivos. Es por eso que los distintos gobiernos han seleccionado para este curso a sus personas preferidas.*”

El “Informe Benítez” fue publicado íntegramente en Estados Unidos en 1973 (como documento anexo al guión de **Estado de sitio** y atribuido a un “comisario de Policía X”). Las revelaciones del policía tupamaro y el clamor suscitado por **Estado de sitio** determinaron la apertura en el mismo 1973 de una investigación parlamentaria, liderada por el senador demócrata James Abourezk.

Langguth observa que la OPS tenía buenas excusas para enviar policías a Los Fresnos: la amenaza de atentados con bombas era una realidad en todo el mundo. La opinión pública aceptaba que toda nación

debía entrenar policías para desactivarlas. “*El problema para la OPS fue que el curso de la CIA en Los Fresnos no enseñaba a destruir bombas, sino a construirlas.*” La AID se vio obligada a proporcionar al Congreso documentos, listas de participantes e instructores, planes de estudio e información detallada acerca de los cursos secretos. La documentación comprobó que el informe anónimo redactado por Benítez era verdadero y exacto. Con todo, las revelaciones sobre las actividades ilegales de Mitrone y demás consejeros del Programa de Seguridad Pública en Uruguay no fueron investigadas.

Desde su primera edición en 1969, los cursos TIC habían graduado a 165 policías provenientes de África, Asia y América Latina. Michael Klare y Nancy Stein señalan en **Armas y poder en América Latina** (México, 1978) que el mayor número provenía de Colombia (19), seguido de Guatemala (18), Uruguay (16), Tailandia (diez), Panamá (siete), y El Salvador (siete). También participaron becados de Brasil, Venezuela, Bolivia, Chile, República Dominicana y Costa Rica. En muchos de estos países las policías estaban involucradas en las bandas terroristas de ultraderecha: los escuadrones de la muerte de Brasil y Uruguay, La Banda en la República Dominicana, La Mano Blanca y Ojo por Ojo en Guatemala.

Los instructores de Los Fresnos eran militares de las Fuerzas Especiales asignados a la CIA. La AID los había solicitado al Ejército, pero el Pentágono rehusó proporcionarlos porque el curso le pareció muy comprometedor. Por esa razón debieron pedir ayuda e instructores a la CIA. Los costos del adiestramiento, unos 1.750 dólares por estudiante, fueron sufragados por la AID.

En octubre de 1973 el periodista Jack Anderson reveló por primera vez a la opinión pública los documentos obtenidos por Abourezk. La prensa estadounidense comenzó a

referirse a Los Fresnos como la “Escuela de bombas”. La AID no pudo explicar fehacientemente las razones por las que los contribuyentes financiaban un curso en el que civiles extranjeros aprendían a colocar bombas, asesinar con armas blancas y volar personas en su casa cuando abrían el refrigerador.

Las críticas arreciaron cuando los investigadores del Congreso y los del equipo asociado del periodista Jack Anderson descubrieron las pruebas escritas por los becados a otros cursos de la IPA, archivadas desde comienzos de los sesenta. Michael McClintock observa en su libro **Instruments of Statecraft. US Guerilla Warfare. Counterinsurgency and Counterterrorism 1940-1990** (Nueva York, 1992) que muchos policías del Tercer Mundo hablaban con naturalidad de la tortura y sus profesores estadounidenses no los reprobaban por ello. Un policía de Nepal, Madhar Bickmun Rana, escribía: “*Las atribuciones del tercer grado son: golpear, abofetear, impedir el sueño, clavar clavos, quitar uñas, ajustar bandas de metal alrededor de la cabeza de una persona (...). Las ventajas de la tortura consisten en que es rápida, fácil, no se necesita talento y es muy efectiva. Las desventajas son: hasta un hombre inocente confesará un crimen (...) y el interrogador podría quedar comprometido si la víctima muere.*” Aunque los investigadores no hallaron ninguna prueba directa de que en la IPA se enseñara a torturar, comprobaron lo que Jack Anderson definió “*una actitud ambivalente hacia el tema.*” Los instructores formalmente desaprobaban la tortura, pero tácitamente la alentaban si el objetivo era la “lucha contra el comunismo”.

La investigación del Congreso culminó con la abolición del PSP. Su clausura comenzó en diciembre de 1973 con la prohibición de entrenar personal policial extranjero fuera de Estados Unidos. Los consejeros que cumplían funciones en el exterior debieron regresar antes del 30 de junio de 1974. La *Foreign Assistance Act* del 30 de diciembre de 1974 prohibió el uso de fondos, a partir del 1 de julio de 1975, “*para suministrar entrenamiento o consejo, o proveer cualquier sostén financiero*” a las policías extranjeras. La IPA fue clausurada el 28 de febrero de 1975, la OPS cerró sus puertas en marzo del mismo año. Pero la prohibición no afectó al Programa Internacional de Control de Narcóticos. Por su intermedio el Departamento de Estado continuó proporcionando entrenamiento, equipo y armamentos a las mismas fuerzas represivas que había apoyado a través del PSP. ■

